

ISSN: 1130-2887

DOI: <http://dx.doi.org/10.14201/alh20136579105>

IZQUIERDA Y DERECHA: FORMAS DE DEFINIRLAS, EL CASO LATINOAMERICANO Y SUS IMPLICACIONES

*Left and right: way to define them, Latin American case and
their implications*

Luis Eduardo GONZÁLEZ FERRER

Universidad de la República, Uruguay

✉ gonzalez@cifra.com.uy

Rosario QUEIROLO VELASCO

Universidad Católica de Uruguay, Uruguay

✉ rosario.queirolo@ucu.edu.uy

BIBLID [1130-2887 (2013) 65, 79-105]

Fecha de recepción: 19 de diciembre del 2012

Fecha de aceptación: 1 de agosto del 2013

RESUMEN: Izquierda y derecha (o liberales y conservadores) son conceptos usados ampliamente para estudiar partidos y otros objetos políticos, pero tienen al menos dos problemas. Primero, no es claro que sean útiles fuera de las democracias prósperas. Segundo, no se los define de una única manera: hay dos grandes familias de enfoques. Por un lado, una tradición histórico-analítica y, por otro, un enfoque basado en las teorías espaciales de la competencia entre partidos. Este artículo compara dos clasificaciones de los partidos políticos de América Latina en la escala izquierda-derecha basadas en esos enfoques y muestra que son muy diferentes. En segundo lugar, sugiere una explicación para esas diferencias basada en pautas sistemáticas observadas en los datos, explicación que conduce a varias hipótesis que pueden ser verificadas empíricamente. Finalmente, muestra que la evidencia y la literatura disponibles apoyan esas hipótesis, y por lo tanto la explicación en sí misma.

Palabras clave: dimensión ideológica, partidos políticos, élites, votantes, América Latina.

ABSTRACT: Left and right (or liberal and conservative) are widely used concepts for analyzing parties and other political objects, but they have at least two problems. First, it is unclear whether they are useful outside rich democracies. Second, they are not defined in a single way; there are two broad approaches. On one side an historical-analytical tradition, and on the other side, an approach based on spatial theories of party competition. This paper: a) compares two classifications of Latin American political parties on the left-right scale according to those

approaches, finding that they are very different; b) suggests a plausible explanation for those differences based on systematic patterns found in the data, explanation which leads to several testable hypotheses, and c) shows that available evidence and current literature support those hypotheses, hence the explanation itself.

Key words: ideological dimension, political parties, élites, voters, Latin America.

I. INTRODUCCIÓN¹

En casi todo el mundo, incluyendo América Latina, los conceptos «izquierda» y «derecha» son muy usados por políticos y profesionales directamente vinculados a la política (investigadores aplicados, periodistas, publicitarios). También son muy usados en la academia. Según Dogan, la ciencia política ha tomado de periodistas y políticos alrededor de una docena de conceptos importantes, uno de los cuales es el par (o la dimensión, eje, continuo) izquierda-derecha (Dogan 2001: 158). La dimensión izquierda-derecha, también llamada dimensión ideológica, ocupa hoy un lugar muy importante en la disciplina.

No siempre fue así. A principios del siglo pasado no lo era. Aunque su importancia fue creciendo a medida que avanzaba el siglo, fue cuestionada primero en la discusión sobre el fin de las ideologías de los años sesenta, y luego, treinta años después, con la implosión del «socialismo real» y los debates vinculados a la tesis de Fukuyama (1992) sobre el fin de la historia. Pese a estos altibajos, un estudio reciente ha reafirmado su centralidad contemporánea para la disciplina (Knight 2006). Primero, mostrando que «durante los últimos 50 años más de la mitad de los artículos de investigación publicados ... [en la *American Political Science Review* (APSR)] han usado de alguna forma el término ideología o sus variantes², y que ese uso fue creciendo a lo largo del siglo hasta estabilizarse al final; segundo, que en ese uso «ideología» generalmente refiere a un conjunto de ideas coherente, relativamente estable a través del tiempo y contrastante con otras ideologías; y finalmente, que «la teoría formal y la medición empírica de la ideología convergieron en una conceptualización espacial de la ideología como ubicación en un continuo izquierda-derecha o liberal-conservador» (Knight 2006: 625). Se podría objetar que la APSR tal vez no refleje fielmente todas las tendencias de la disciplina³. Pero es probable que la temática ideológica y la dimensión izquierda-derecha sean tan o más importantes para las vertientes de la disciplina menos presentes en la APSR que para las que sí lo están (aunque no necesariamente en el marco de la conceptualización

1. Los autores agradecen los comentarios y las sugerencias de dos evaluadores anónimos de *América Latina Hoy*, *Revista de Ciencias Sociales*, a la primera versión de este artículo. Los autores también agradecen al proyecto *Latin American Public Opinion Project* (LAPOP) de Vanderbilt University por el apoyo económico recibido a través del LAPOP *small grants* y la posibilidad de usar los datos.

2. K. KNIGHT (2006: 625). Aquí y en lo que sigue, cuando se cita un texto cuya referencia no está en castellano la traducción es de los autores.

3. Como control de sus hallazgos K. KNIGHT (2006) efectuó la misma búsqueda para todas las revistas académicas de ciencia política indexadas por JSTOR, con esencialmente los mismos resultados, de modo que la eventual objeción no podría limitarse sólo a la *American Political Science Review*.

espacial señalada por Knight). En suma, la dimensión ideológica es usada por tradiciones de muy diferentes raíces intelectuales que en conjunto abarcan toda la disciplina: desde las que asumen una perspectiva neomarxista hasta las que parten del individualismo metodológico y de algunos supuestos básicos de la microeconomía para desarrollar análisis «espaciales» de la política.

La dimensión izquierda-derecha enfrenta, sin embargo, dos familias de problemas. La primera se refiere a su ámbito de validez en el mundo contemporáneo. No es seguro que sea un instrumento igualmente útil para estudiar todos los sistemas políticos, desde las democracias prósperas hasta los países en desarrollo y los latinoamericanos en particular. En la literatura reciente se subrayan las diferencias existentes entre los sistemas de partidos «maduros» y los de los países emergentes, y las implicaciones de esas diferencias. Para Mainwaring y Torcal (2006),

algunas teorías que han sido presentadas como universales, como las teorías espaciales del voto y de la competencia partidaria, por ejemplo, en los hechos más útiles para analizar las democracias industriales avanzadas que los sistemas de partidos menos institucionalizados (fluidos). Es esencial tener presentes esas diferencias y no asumir que teorías presuntamente universales desarrolladas para las democracias industriales avanzadas serán igualmente aplicables en sistemas de partidos fluidos (Mainwaring y Torcal 2006: 218).

Apuntando en la misma dirección, un estudio sobre la congruencia de actitudes entre élites y público en nueve países latinoamericanos concluyó que «los niveles más altos de representación política [de congruencia de actitudes entre los líderes partidarios y sus votantes] se encuentran en los países con historias más vigorosas de competencia partidaria, institucionalización y desarrollo socioeconómico, particularmente en Chile y Uruguay» (Luna y Zechmeister 2005: 413). Algo similar podría ocurrir con la dimensión izquierda-derecha: sería un instrumento muy útil para analizar los sistemas de partidos de las democracias prósperas, pero en otros ámbitos, como América Latina, tal vez sería útil para estudiar sólo algunos de sus sistemas de partidos.

La segunda familia de problemas pendientes se refiere a las maneras de definir la dimensión izquierda-derecha. La dimensión es útil sólo si es posible clasificar en ella a los distintos objetos políticos, lo que requiere alguna clase de definición de izquierda y derecha. En la literatura contemporánea esto se suele hacer de dos maneras muy diferentes, y no es claro que lleven a las mismas conclusiones. Para uno de esos caminos (o «tradiciones») el contenido sustantivo de «izquierda» y «derecha» es el que identifican («descubren») los académicos. Partiendo de la experiencia contemporánea y de la historia, o de sus maneras de interpretarlas, los expertos establecen cuáles serían las ideas, metas y comportamientos distintivos de la izquierda y la derecha. Luego, usando esos rasgos característicos que definen izquierda y derecha, es posible clasificar en la dimensión ideológica a los diferentes objetos políticos: los actores (líderes, partidos, movimientos) y sus ideas, discursos y políticas (*polícies*). Esta es, entonces, una tradición histórico-analítica.

El otro camino no parte de definiciones sustantivas de izquierda y derecha. Los objetos políticos son de izquierda o de derecha según cómo los ven algunos jueces (los votantes,

distintas élites), esto es, según lo que esos jueces dicen que son. Lo decisivo es el uso que los jueces hacen de esos términos al calificarse a sí mismos o a los distintos objetos políticos. En este camino puede haber un análisis a posteriori de lo que esos usos tienen o no en común, análisis que podría conducir a alguna clase de caracterización del significado de izquierda y derecha. Pero esas eventuales caracterizaciones aparecerían al final del camino; serían las conclusiones o puntos de llegada del análisis, no sus puntos de partida.

Teniendo en cuenta (a) estos dos grandes caminos para la definición de izquierda y derecha (partiendo de definiciones explícitas, o directamente de las «calificaciones» de jueces) y también (b) la identidad de los que definen o califican (élites o votantes), en principio habría cuatro grandes alternativas, como se resume en la Figura I, que en la práctica se reducen a tres.

FIGURA I
 DEFINIENDO IZQUIERDA Y DERECHA: LA PRÁCTICA JUECES

Definiciones	Élites *	Votantes
Implícitas ** Directas	(Indirectas) (Directas)	Indirectas
Explícitas ***	Definiciones de académicos	—

* Élites: incluyen élites expertas (académicos, otros) y élites políticas (legisladores, como en PELA, Proyecto Élites Parlamentarias en América Latina, Universidad de Salamanca, u otras élites políticas, como cuadros partidarios o funcionarios de confianza política).

** Las definiciones implícitas indirectas son las que parten de la autoidentificación de las élites o de los votantes en la escala izquierda-derecha, y luego los respectivos promedios de esas autoidentificaciones «definen» la posición de los objetos políticos (el partido o el candidato al que se vota, al que se pertenece o al que se adhiere; las ideas, *policies* o actitudes preferidas). Las definiciones implícitas directas son aquellas en las que los «jueces» (élites, votantes) asignan una posición a los distintos objetos políticos en la escala izquierda-derecha según su propio criterio, *sin* seguir definiciones explícitas preestablecidas. Entre paréntesis se señalan las formas menos usadas.

*** Las definiciones explícitas son diseñadas por académicos y aplicadas por académicos o grupos de élites particularmente informadas sobre los objetos políticos que se busca clasificar en la escala izquierda-derecha. Por razones obvias no se usan en las encuestas dirigidas al público y a los votantes.

Los votantes que actúan como jueces son los que responden a las encuestas de opinión pública. Los miembros de las élites que actúan como jueces suelen ser expertos o miembros de las élites políticas. Las definiciones implícitas pueden ser directas o indirectas; las directas son las posiciones que ciertos «jueces» asignan a los objetos políticos en la escala izquierda-derecha sin usar definiciones formales, explícitas del significado de izquierda y derecha (propias o ajenas). Definiciones implícitas indirectas son las que parten de la autoidentificación de los jueces (incluyendo a los votantes) en la escala izquierda-derecha. Los jueces se agrupan según el partido o candidato al que votan, al que adhieren o al que están afiliados, o según sus ideas, actitudes o políticas (*policies*)

preferidas, y el promedio de las autoidentificaciones de los jueces de cada grupo clasifica a los correspondientes actores, ideas, actitudes o políticas.

Cuando se usan las definiciones implícitas de los votantes, usualmente se trata de las indirectas, basadas en sus autoidentificaciones ideológicas (entre otras razones porque en las encuestas las tasas de respuesta a la pregunta de autoidentificación suelen ser más altas o mucho más altas que las que preguntan por la posición de otros objetos políticos). Cuando se emplean definiciones implícitas de élites políticas y sobre todo de expertos, en cambio, suelen usarse las definiciones directas, porque las dos tasas de respuesta ya mencionadas suelen ser muy similares. Además, como las muestras de élites y expertos normalmente son mucho más pequeñas que las muestras de las encuestas de opinión pública, las definiciones implícitas indirectas pueden conducir a estimaciones basadas en muy pocas respuestas (p. ej. autoidentificaciones). Las definiciones explícitas de izquierda y derecha, por último, son siempre diseñadas por académicos y aplicadas por expertos o informantes calificados conocedores de los objetos políticos que se desea clasificar en la escala. De todas estas posibilidades las clasificaciones tal vez más distantes entre sí son, por un lado, las basadas en las autoidentificaciones de los votantes (implícitas e indirectas), y por otro las clasificaciones explícitas de expertos.

Este artículo examina el paisaje político de la izquierda y la derecha en América Latina, explorando en qué medida los dos enfoques anteriores más distantes entre sí (las definiciones explícitas de los analistas, y las «definiciones» indirectas que resultan de las autoidentificaciones de los votantes) conducen, o no, a clasificaciones similares de los partidos políticos. Según estas clasificaciones, ¿lo que los expertos entienden por izquierda (o derecha) es también lo que el electorado ve (indirectamente) en esos términos? Con este fin se comparan sistemáticamente dos clasificaciones de los partidos en el eje izquierda-derecha:

- (a) una clasificación «experta» (explícita) de los partidos de la región, y
- (b) una clasificación que define la posición de cada partido en la escala como el promedio de las autoidentificaciones ideológicas de sus votantes.

El presente estudio es, pues, exploratorio y geográficamente limitado, pero encara las dos familias de problemas arriba indicados, el ámbito de validez de la dimensión izquierda-derecha y sus problemas definicionales (aunque no lo haga de forma exhaustiva). La comparación de las dos clasificaciones debe mostrar si, al menos en la región, los enfoques arriba señalados conducen a resultados similares. Esta pregunta no ha recibido aún respuestas sistemáticas y, como se verá más abajo, la que resulta de estos casos latinoamericanos (con estas «definiciones») es claramente negativa. El análisis de estos casos permite establecer en cuáles países y partidos las clasificaciones coinciden y en cuáles no coinciden, coincidencias y divergencias que sugieren una posible explicación de por qué en algunos casos los dos enfoques conducen al mismo resultado, y en otros no. Esa explicación conduce a algunas hipótesis verificables, que son examinadas en forma también preliminar, examen que apoya la explicación propuesta. El estudio ayuda a entender mejor cómo se usa realmente la terminología de izquierdas y

derechas en la región, en la conversación académica y también en los debates políticos. Finalmente, aporta nuevas perspectivas para explorar lo que ocurre en otras regiones.

II. DEFINIENDO «IZQUIERDA» Y «DERECHA»

Huber e Inglehart (1995) señalaron que la medición «de las ideologías partidarias y de las posiciones que los partidos adoptan ha seguido tres estrategias diferentes: el análisis de los manifiestos de los partidos..., el análisis de encuestas de opinión pública... y las evaluaciones de los expertos» (Huber e Inglehart 1995: 75-76). Tanto las evaluaciones de los expertos como el análisis de los manifiestos (incluyendo las evaluaciones que se limitan a contar las frecuencias de algunas palabras «clave» previamente identificadas) se basan, necesariamente, en alguna definición sustantiva de lo que se entiende por izquierda y por derecha. Los dos caminos, entonces, son parte de lo que aquí se ha llamado la tradición histórico-analítica.

Se puede discutir sobre los posibles antecedentes del uso de las palabras izquierda y derecha, pero en general se acepta que esta tradición nació con la Revolución francesa, al principio accidentalmente. Los amigos políticos tendían a sentarse juntos en los Estados Generales: a la izquierda estaban los opositores del antiguo régimen, y a la derecha sus defensores; ésas fueron las primeras izquierdas y derechas identificadas con esas palabras. En Europa el uso de estos términos se volvió más común después de la restauración de la monarquía francesa, en 1815.

Con el paso del tiempo, a lo largo de los siglos XIX y XX comenzaron a acumularse algunas dificultades conceptuales. A partir de las primeras izquierdas y derechas surgían algunas generalizaciones a primera vista «naturales», pero, ¿el contenido sustantivo de izquierda y derecha cambia a través del tiempo? ¿Hay alguna constante? Mirando lo ocurrido en los dos últimos siglos desde una perspectiva contemporánea, tal vez la mayoría de los observadores estén de acuerdo en que el énfasis en la igualdad económico-social (en alguna de sus formas «fuertes») es un rasgo distintivo estable de la izquierda. Salvo por esto, el significado de izquierda y derecha en la tradición histórico-analítica ha variado según los tiempos y lugares. Buena parte de los contenidos importantes que alguna vez se le atribuyeron, como el nacionalismo o el estatismo, han cambiado durante los dos últimos siglos. Sin llegar a los cambios de signo (nacionalista al comienzo, internacionalista después; antiestatista primero, proestatista luego), también ocurrieron cambios significativos en otros aspectos. Por ejemplo, el énfasis en la igualdad política en general y la oposición al orden establecido (político, social, económico) suelen ser vistos como rasgos históricos centrales de la izquierda, pero han cambiado de distintas maneras. Hacia fines del siglo XVIII igualdad política significaba a lo sumo igualdad masculina (y solamente de los varones blancos, europeos). En esos tiempos ésa era una idea radical. A principios del siglo XXI significa igualdad entre todos los adultos, sin distinciones de género o étnico-culturales.

La trayectoria de la oposición al orden establecido es más problemática. Cuando las izquierdas (o las fuerzas políticas vistas en esos términos por la academia y los

observadores) conquistan el poder, como en las revoluciones triunfantes, entonces su propio orden se transforma en el orden establecido. Esto es lo que ocurrió en Rusia en 1917. Algo similar ocurre cuando la izquierda llega al gobierno por vías pacíficas, ganando elecciones. En cualquiera de los dos casos, ¿qué ocurre, exactamente, con la oposición al orden establecido? Las respuestas a estas preguntas han sido muy distintas. Las revoluciones triunfantes del siglo XX, el ascenso de las socialdemocracias europeas y la socialdemocratización de muchos partidos socialistas profundizaron los debates sobre el alma de la izquierda, especialmente después de 1917.

Complicando aún más las cosas, el estudio de Converse y Pierce (1986) sobre la representación política en Francia probó que en la segunda mitad del siglo pasado, por varias razones, el significado atribuido a izquierda y derecha no era aséptico ni neutral. Para el grueso de las élites intelectuales y políticas lo «políticamente correcto», usando una terminología más contemporánea, era (o tendía a ser) la izquierda⁴. En la mayor parte de América Latina el uso contemporáneo de esos términos confirma las conclusiones de Converse y Pierce⁵. Buena parte de las élites políticas del ala derecha del espectro no se refieren a sí mismas en esos términos, y suelen decir que las palabras izquierda y derecha ya no tienen significado real; pero en el ala izquierda del espectro ideológico nadie comparte esa opinión. Entonces: la perspectiva histórico-analítica tiene a su favor el peso de la historia y el atractivo de una larga tradición intelectual, pero también tiene problemas significativos.

Las mediciones indirectas que se basan en encuestas de opinión pública, en cambio, pertenecen a una tradición anclada en el individualismo metodológico y en ideas expuestas inicialmente por Downs (1957). Definen izquierda y derecha a partir del modo en que la gente usa esos términos, no en los eventuales significados que podrían atribuir a esas palabras. Los votantes usan la dimensión izquierda-derecha como un atajo o instrumento simplificador que les permite (por ejemplo) decidir su voto sin necesidad de un proceso largo y costoso para reunir y procesar información; pueden olvidarse de los detalles. Cuando se ha decidido si uno es de izquierda o de derecha (o de algún lugar intermedio, más o menos distante de las dos puntas), siempre que sea necesario elegir entre partidos, candidatos o políticas basta con elegir los que están más cerca de la posición propia. Los votantes no son analistas políticos sofisticados, y a los efectos de votar, pensar o actuar «ideológicamente» en realidad no es necesario que lo sean⁶.

4. Ése es un punto importante en la explicación de la regularidad señalada por T. DOŠEK (2011) al comparar las autoidentificaciones de las élites legislativas de 16 países latinoamericanos (estimadas sobre datos del PELA, Élités Parlamentarias de América Latina, Universidad de Salamanca) con las autoidentificaciones de sus votantes (según datos del Barómetro de las Américas, LAPOP). En 14 de los 16 países cuyos datos examina (casi 9 en 10) el promedio de las autoidentificaciones ideológicas de las élites legislativas está *a la izquierda* del promedio de los votantes.

5. Incluyendo algunos (pocos) estudios de casos detallados, como L. GONZÁLEZ (1991) para Uruguay.

6. Es posible que los votantes no usen sus preferencias o «identificaciones» ideológicas de formas sofisticadas, pero las emplean como un instrumento útil para reducir sus necesidades de información, entender la política y tomar decisiones (A. DOWNS 1957; G. SARTORI 1976).

Este enfoque tampoco está libre de problemas. Desde al menos Converse (1964) varios autores han cuestionado la relevancia de la dimensión izquierda-derecha para los electorados; los votantes no organizarían sus ideas políticas según la dimensión ideológica, y las definiciones de izquierda y derecha no podrían basarse en encuestas de opinión pública. En América Latina, en particular, algunos autores han sostenido que los latinoamericanos no usan etiquetas ideológicas cuando deciden su voto, o que apenas las usan (Echegaray 2005)⁷.

En términos generales, entonces, en la academia estas dos grandes maneras de entender el significado de izquierda y derecha tienen críticos y problemas. En el uso no académico los problemas son tan o más serios que en la academia. Entre otras razones porque el significado que se les atribuye a los términos izquierda y derecha normalmente es parte de la tradición histórico-analítica, pero suele darse por sentado: no se aclara su sentido. Si las dos formas de entender izquierda y derecha son diferentes, y si además las dos son problemáticas, entonces a priori no sería razonable esperar que sus formas de clasificar los distintos objetos políticos en el eje izquierda-derecha produzcan resultados similares.

En la práctica, la investigación contemporánea sobre América Latina que usa o analiza la dimensión ideológica tiende a apoyarse en la perspectiva histórico-analítica. Los objetos políticos relevantes son clasificados en el continuo izquierda-derecha en el marco de esta tradición, a veces sobre la base de definiciones explícitas y juicios expertos, y a veces, simplemente, según el juicio no fundamentado de «jueces» (usualmente juicios de élites). Sin embargo, también hay un corpus de investigaciones, más breve pero de importancia creciente, que se apoya en encuestas de opinión pública.

No se sabe si estos enfoques producen resultados convergentes o divergentes, porque no se dispone de estudios sistemáticos al respecto. Došek (2011) compara los juicios de las élites políticas legislativas con los basados en la autoidentificación ideológica de los votantes, pero sólo analiza los totales nacionales, sin examinar las posiciones de objetos específicos. Wiesehomeier (2010) sí compara las posiciones de partidos políticos, pero siempre basadas en clasificaciones de élites: académicos por un lado, legisladores por otro.

Aunque no se disponga de comparaciones sistemáticas, no es difícil encontrar contradicciones en la investigación contemporánea: situaciones en las que la posición de un partido en la dimensión izquierda-derecha según el juicio de expertos no coincide con la resultante de las autoidentificaciones ideológicas de sus votantes según las encuestas. Por ejemplo: según Castañeda y Navia (2007) los candidatos presidenciales en las elecciones presidenciales latinoamericanas de 2006 pueden ser clasificados en el continuo izquierda-derecha en función de sus ideas (aunque no proporcionan los detalles de su clasificación). Desde su punto de vista el ganador de esa elección en Costa Rica, Óscar Arias, era el principal candidato del ala *izquierda*. Sin embargo, según los resultados del

7. Otros sostienen que la ideología es un determinante relevante del voto, al menos en algunas partes de la región: M. CAMERON (1994), Y. CARREIRAO (2002); M. QUEIROLO (2013); A. SINGER (2002); M. TORCAL y S. MAINWARING (2003); E. ZECHMEISTER (2006).

Barómetro de las Américas citados por Seligson (2007), las autoidentificaciones ideológicas de los votantes de los cuatro candidatos más votados en esa elección mostraban que Arias era el situado más a la derecha. Aunque las diferencias entre los candidatos según este último criterio eran relativamente pequeñas, la contradicción es evidente.

Para establecer cuán frecuentes son esta clase de contradicciones, en lo que sigue se comparan las posiciones de los partidos políticos de la región en la dimensión izquierda-derecha del siguiente modo:

- (a) se usan los datos del Barómetro de las Américas 2006-2007 del LAPOP (*Latin American Public Opinion Project, Vanderbilt University*) para definir la posición de los partidos políticos relevantes en la escala izquierda-derecha según el promedio de las autoidentificaciones ideológicas de sus propios votantes, de la misma forma que en el caso ya citado de Arias en Costa Rica (a estos efectos los partidos «relevantes» son los que obtuvieron al menos un 10% de la votación en la última elección presidencial anterior a esas encuestas). Aquí se usa una clasificación de los partidos implícita e indirecta. Los resultados así obtenidos se comparan con
- (b) las posiciones de los mismos partidos según una versión actualizada de una de las clasificaciones (explícitas) más conocidas y utilizadas en la región, la de Coppedge (1997, 1998)⁸.

Luego de comprobar que las discrepancias son la norma, no la excepción, se explora la naturaleza de esos desacuerdos para entender mejor las relaciones entre las dos perspectivas y para clarificar las implicaciones del uso de uno u otro de los dos enfoques (o de ambos) en la investigación y las prácticas políticas latinoamericanas.

III. CLASIFICANDO A LOS PARTIDOS POLÍTICOS LATINOAMERICANOS EN EL EJE IZQUIERDA-DERECHA

Los ciudadanos latinoamericanos usan la escala izquierda-derecha para clasificarse a sí mismos en ella. El Barómetro de las Américas 2006-2007 aporta datos para quince de los diecisiete países de América Latina continental (Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela). Los datos surgen de las respuestas en todos los países a la misma pregunta, formulada de una de las maneras usuales. Se presenta a los encuestados una tarjeta con un rectángulo alargado subdividido en diez celdas numeradas desde 1 (en el extremo izquierdo) hasta 10 (en el extremo derecho), con las palabras «Izquierda» sobre la primera celda y «Derecha» sobre la última, y se les pregunta cuál es la posición que les corresponde a sí mismos en esa figura «según sus ideas políticas». La Tabla I resume las respuestas obtenidas: al menos dos tercios de los encuestados

8. D. ALTMAN *et al.* (2009) y N. WIESEHOMEIER (2010) presentan otras clasificaciones expertas independientes de la anterior y más recientes.

en cada uno de los quince países (y en promedio, más de ocho de cada diez latinoamericanos) se autoidentifican en la escala.

Para esos países, entonces, tiene sentido usar el promedio de las autoidentificaciones de los votantes de cada partido como indicador de la posición del partido en la escala. Esto confirma las conclusiones a las que habían llegado Colomer y Escatel (2005) trabajando con datos independientes de los presentados en la Tabla I (las ediciones 1995 a 2002 del Latinobarómetro)⁹.

TABLA I
 AUTOIDENTIFICACIONES DE LOS VOTANTES EN LA ESCALA
 IZQUIERDA (1) - DERECHA (10)

País	Votantes que se autoidentifican en la escala (%)	Media de las autoidentificaciones	N.º de casos	Desviación estándar
Uruguay	92,9	5,19	1394	2,503
Perú	91,6	5,61	1374	2,129
Chile	88,0	5,26	1320	2,337
Venezuela	87,8	5,33	1317	3,078
México	86,5	5,99	1297	2,410
Panamá	85,8	5,07	1287	2,105
Honduras	83,1	6,64	1247	2,614
Brasil	81,1	5,75	1216	2,357
El Salvador	80,9	5,74	1214	2,905
Colombia	79,1	6,24	1187	2,521
Nicaragua	79,1	5,26	1186	2,576
Costa Rica	76,3	5,90	1144	2,518
Bolivia	75,5	5,23	1133	2,167
Guatemala	69,0	5,49	1035	1,934
Ecuador	66,9	5,78	1004	2,345

Fuente: Barómetro de las Américas (2006-2007).

En lo que sigue se examinan esos datos para los partidos relevantes, los que obtuvieron al menos el 10% de los votos válidos en la última elección presidencial previa a la realización de las encuestas 2006-2007. Se considera la elección presidencial porque es la más importante para los votantes, y porque en ella la participación del electorado es sistemáticamente más alta que en las elecciones solamente legislativas. En los casos

9. En sus comentarios conclusivos resumen la situación en estos términos: «Los electorados latinoamericanos, en términos relativos, son altamente ideológicos y se sitúan consistentemente en la dimensión izquierda-derecha» (J. COLOMER y L. ESCATEL 2005).

donde la elección presidencial tuvo dos rondas de votación (balotaje), se consideran solamente los resultados de la primera ronda, porque sólo en ella compiten entre sí todos los partidos y candidatos. Con estos criterios se determina la posición de 41 partidos (o coaliciones) en el eje izquierda-derecha.

Esas posiciones pueden ser comparadas con las de una versión actualizada de la clasificación de los partidos en el eje izquierda-derecha realizada por Coppedge (1997) sobre la base de juicios de expertos. En la clasificación original de Coppedge los partidos de «derecha» son aquellos: 1) cuyo público objetivo son los herederos de las élites tradicionales del siglo XIX, que 2) usan un discurso fascista o neofascista o 3) son apoyados por militares. De derecha serían entonces los defensores más elitistas del orden establecido, incluyendo a los nostálgicos del siglo XIX, a los que se inspiran en las grandes corrientes autoritarias europeas de la primera mitad del siglo XX y a los que recogen las tradiciones autoritarias (y militaristas) más locales. Los partidos de centro-derecha serían los que, además del apoyo de las élites, buscan deliberadamente «votantes de capas medias o bajas haciendo énfasis en la cooperación con el sector privado, el orden público, gobiernos honestos, moralidad, o la prioridad asignada al crecimiento económico antes que a la distribución de sus resultados» (Coppedge (1997: 8).

Los partidos de centro serían los que 1) promueven el liberalismo político clásico sin una agenda social o económica destacada o 2) partidos gobernantes cuyas políticas (*políticas*) oscilan entre izquierda y derecha sin mostrar consistencia a través del tiempo. Los partidos de centro-izquierda serían los que hacen énfasis en la justicia, la igualdad y la movilidad social, tratando de no alienar votantes de las élites. Los partidos de izquierda, finalmente, priorizan la distribución sobre la acumulación, y asignan gran peso al Estado.

Los criterios de Coppedge (1997) son temas centrales de la tradición histórico-analítica (actitudes hacia los regímenes oligárquicos del pasado reciente y sus estructuras de clases), más algunos rasgos adicionales relativos al pluralismo social y político y a los énfasis económicos (orientados hacia la acumulación o hacia la distribución). Coppedge (1997) define los partidos que según esos criterios son inclasificables en la dimensión izquierda-derecha como «personalistas» u «otros bloques».

La clasificación de Coppedge (1997) seguramente no es perfecta, pero hasta hoy es tal vez una de las más conocidas, bien definidas y exhaustivas de las clasificaciones ideológicas de los partidos políticos de la región. Además, una clasificación de este tipo debe ser lo suficientemente flexible como para tolerar algunos cambios a través del tiempo, pero manteniendo la precisión suficiente para continuar siendo relevante. La clasificación de Coppedge (1997) satisface los dos criterios.

La versión actualizada de esa clasificación que se presenta en la Tabla II incluye algunos cambios respecto a la original. En primer lugar, la clasificación de Coppedge llegaba hasta 1995. La clasificación que se presenta en la Tabla II utiliza básicamente los mismos criterios (con algunas modificaciones que se indican a continuación), e incluye a todos los partidos políticos relevantes que participaron en las últimas elecciones presidenciales previas a los años 2006-2007 según la información disponible en manuales¹⁰,

10. R. ALEXANDER (1988); J. COGGINS y D. LEWIS (1992); M. ALCÁNTARA SÁEZ y F. FREIDENBERG (2001).

en las páginas web de los partidos y en consultas con expertos sobre diferentes países¹¹. En segundo lugar, uno de los criterios de Coppedge (1997) para definir a un partido de izquierda neta establece que no les preocupa espantar votantes de clases medias y altas, salvo que ya sean intelectuales socialistas. Este criterio fue suavizado para clasificar partidos a fines de los años 90 y a principios del siglo, porque las políticas «neoliberales» debilitaron a las organizaciones de trabajadores y otras bases tradicionales de los partidos de izquierda, empujándolas a apelar a electorados más amplios para mejorar sus probabilidades de llegar a gobernar.

En tercer lugar, Coppedge (1997) clasificó los partidos en la dimensión izquierda-derecha y en una dimensión adicional cristiano-secular. Sólo uno de los 41 partidos examinados aquí (el PAN mexicano) es identificado como cristiano en la clasificación actualizada; en consecuencia, esa dimensión no aparece en este análisis. En cuarto lugar, 3 de esos 41 partidos (el Roldosismo ecuatoriano, que obtuvo el 12% de los votos en la elección presidencial de 2002; el partido de Guillermo Endara en Panamá, que obtuvo el 31% en la elección de 2004, y el partido de Ollanta Humala en Perú, que obtuvo el 31% en 2006) fueron clasificados como personalistas y, por lo tanto, por definición, no pueden ser comparados con sus clasificaciones en la dimensión izquierda-derecha basadas en encuestas. En consecuencia, la lista de partidos que se presenta en la Tabla II incluye solamente 38 partidos o coaliciones.

Las primeras tres columnas de la Tabla II presentan los países, sus partidos relevantes y la votación recibida por cada uno de ellos en la última elección presidencial anterior a las encuestas del Barómetro de las Américas 2006-2007 (cuando hubo dos rondas, se considera la primera). La cuarta columna registra la posición de cada partido en el eje izquierda-derecha según la versión actualizada de la clasificación de Coppedge (1997). La quinta presenta el promedio de las autoidentificaciones ideológicas de los votantes de cada partido según las encuestas del Barómetro de las Américas (2006-2007). La sexta «traduce» esos promedios a la escala de los expertos usando la regla de Sanj y Sartori (1983): I (izquierda) incluye los valores desde 1 hasta 2,5; CI (centro-izquierda), de 2,6 a 4,5; C (centro), de 4,6 a 6,5; CD (centro-derecha), de 6,6 a 8,5; y D (derecha), de 8,6 hasta 10¹². La séptima y última columna compacta las cinco categorías de la columna

11. La actualización de la clasificación original de M. Coppedge fue realizada por G. Lodola y R. Queirolo en la Universidad de Pittsburgh. Para los quince países de América Latina continental examinados aquí fueron consultados los siguientes expertos: Lucio Renno y Rachel Meneguello (Brasil), Daniel Moreno Morales y Vivian Schwarz (Bolivia), Francisco Díaz y Juan Pablo Luna (Chile), Laura Wills y Miguel García (Colombia), Mitchell Seligson, Juliana Martínez y Harold Villegas Román (Costa Rica), Agustín Grijalva y Pablo Andrade (Ecuador), Cynthia McClintock, Ricardo Córdova y Margarita Correa (El Salvador), Dinorah Azpuru y Margarita Correa (Guatemala), José René Argueta y Margarita Correa (Honduras), Luis Jiménez y Juan Antonio Rodríguez-Zepeda (México), John Booth y Margarita Correa (Nicaragua), Aníbal Pérez-Liñán y José Costa (Paraguay), Cynthia McClintock y Luis E. González (Perú), Juan Pablo Luna, Fernanda Boídi y Rosario Queirolo (Uruguay), Aníbal Pérez-Liñán y Margarita López-Maya (Venezuela).

12. Por razones bien conocidas ni la escala original ni su versión «traducida» son perfectas. Para muchas personas la escala tiene un punto medio psicológico (5) que no coincide con su punto medio

TABLA II
CLASIFICACIÓN DE PARTIDOS POLÍTICOS LATINOAMERICANOS SEGÚN EXPERTOS Y SEGÚN
LAS AUTOIDENTIFICACIONES IDEOLÓGICAS DE SUS VOTANTES

País	Partidos	Voto en última elección presidencial antes de 2006 (%)*	Clasificación en la escala izquierda-derecha según:			
			Expertos ** (cinco puntos)	Autoidentificaciones de sus votantes ***		
				Media	Cinco puntos	Tres puntos
Bolivia	MAS	54	I	4,53	CI	AI
	Podemos	29	CD	6,05	C	C
Brasil	PT	47	I	5,89	C	C
	PSDB	42	CD	5,50	C	C
Chile	Concertación	46	CI	4,43	CI	AI
	Renovación Nacional	25	D	6,78	CD	AD
	UDI	23	CD	7,10	CD	AD
Colombia	Polo Dem. Alternativo	22	I	5,03	C	C
	P. Liberal Colombiano	12	C	6,85	CD	AD
	Primer Colombia	62	I	6,70	CD	AD
Costa Rica	Liberación Nacional	41	CI	6,33	C	C
	PAC	40	CI	5,71	C	C
Ecuador	Partido Social Cristiano	12	D	7,28	CD	AD
	Izquierda Democrática	14	CI	4,46	CI	AI
	P. Sociedad Patriótica	20	CI	5,50	C	C
	PRIAN	17	CD	6,49	C	C
	P. S. Ecuatoriano	15	CI	5,76	C	C
El Salvador	Arena	58	D	7,49	CD	AD
	FMLN	36	I	3,33	CI	AI
Guatemala	PP-MR-PSN (GANA)	34	CD	5,48	C	C
	FRG	19	D	5,19	C	C
	UNE	26	CI	5,33	C	C
Honduras	Partido Liberal	50	C	6,64	CD	AD
	Partido Nacional	46	CD	6,93	CD	AD
México	PRI	36	CD	6,46	C	C
	PAN	42	CD	6,20	C	C
	PRD	17	CI	4,39	CI	AI
Nicaragua	FSLN	42	I	4,31	CI	AI
	Partido Liberal	56	D	5,98	C	C
Panamá	PRD	48	CI	5,29	C	C
	Partido Arnulfista	16	CD	4,98	C	C
Perú	APRA	24	CI	5,97	C	C
	Unidad Nacional	24	CD	6,16	C	C
Uruguay	P. Colorado	11	CD	7,79	CD	AD
	P. Nacional	35	CD	7,21	CD	AD
	Frente Amplio	52	I	3,88	CI	AI
Venezuela	MVR	63	CI	4,39	CI	AI
	Un Nuevo tiempo	37	CD	7,13	CD	AD

* Última elección presidencial realizada antes del Barómetro de las Américas 2006-2007.

** Cinco puntos: Izquierda (I), Centro-izquierda (CI), Centro (C), Centro-derecha (CD) y Derecha (D).

*** Media de las autoidentificaciones ideológicas de los votantes de cada partido en la escala izquierda-derecha 1-10.

Conversión de la media a la escala de los expertos de cinco puntos según regla usual:

I: 1-2,5; CI: 2,6-4,5; C: 4,6-6,5; CD: 6,6-8,5; D: 8,6-10.

Escala de tres puntos: Ala izquierda (AI), I y CI; Centro (C), C; Ala derecha (AD), CD y D.

Fuentes: Autoidentificaciones de los votantes, Barómetro de las Américas (LAPOP) 2006-2007. Clasificación de los expertos, M. COPPEDGE (1997) actualizada por G. LODOLA y R. QUEIROLO según detalle en el texto.

anterior en sólo tres: AI (ala izquierda), incluye I y CI; C, centro, sin cambio; y AD (ala derecha), incluye CD y D.

Los datos de la Tabla II muestran que la regla es el desacuerdo entre las dos clasificaciones. La clasificación de los expertos coincide con la resultante de las autoidentificaciones de los votantes en sólo 9 de los 38 partidos (24%). 5 de esas 9 coincidencias ocurren en tres países con sistemas de partidos relativamente viejos e institucionalizados (dos en Chile, una en Honduras y dos en Uruguay); las otras 4 corresponden a partidos de Ecuador, México y Venezuela. Se podría argumentar que una coincidencia perfecta en la escala de cinco categorías es tal vez un requisito demasiado exigente. Un criterio más flexible puede ser el siguiente: ¿las dos clasificaciones ordenan los partidos del mismo modo en cada país? Los dos criterios no son directamente comparables, porque lo que se compara en el primer caso son los 38 partidos, y en el segundo caso son las clasificaciones para cada uno de los 15 países. Aun así la respuesta sigue siendo negativa, aunque menos que en la primera comparación. Las dos clasificaciones ordenan de la misma manera los partidos de cada país en siete de los quince casos (47%: Bolivia, Costa Rica, El Salvador, México, Nicaragua, Uruguay y Venezuela), y de maneras diferentes en los ocho países restantes. Otro criterio más flexible de comparación (que vuelve a considerar partidos, no países) consiste en considerar escalas de sólo tres puntos: ala izquierda (AI: I y CI), centro (C, sin cambio) y ala derecha (AD: CD y D). Con este criterio las clasificaciones coinciden en 17 de los 38 partidos (45%). Esto casi duplica el número de acuerdos que resulta de la comparación de la escala con cinco categorías, pero la respuesta sigue siendo negativa: en la mayor parte de los casos los dos enfoques clasifican los partidos de maneras diferentes.

En síntesis: las clasificaciones de los partidos políticos relevantes en el continuo izquierda-derecha basadas en los juicios de los expertos y en las autoidentificaciones de sus votantes son *diferentes* para la mayoría absoluta de los partidos, independientemente de la mayor o menor flexibilidad del criterio de comparación utilizado. Sean cuales fueren las causas de estas diferencias, las dos perspectivas no pueden ser vistas como indicadores imperfectos de una misma realidad subyacente; no son en modo alguno intercambiables.

IV. LAS DIFERENCIAS ENTRE LAS DOS CLASIFICACIONES: UNA EXPLORACIÓN PRELIMINAR

Las discrepancias entre las clasificaciones de los partidos en el eje izquierda-derecha según los juicios de los expertos y según las autoidentificaciones ideológicas de sus votantes muestran algunos rasgos comunes. Los partidos clasificados en diferentes posiciones según los dos criterios son 29 en total. En casi todos estos desacuerdos (27, el 93%) las clasificaciones no coinciden porque las que se basan en las autoidentificaciones

real (5,5); en la versión «traducida», las cinco secciones tienen longitudes algo diferentes (las de los extremos son más cortas). Otras alternativas, sin embargo, comparten algunos de estos problemas y también agregan dificultades adicionales.

de los votantes, comparadas con las clasificaciones de los expertos, están sistemáticamente desplazadas hacia el centro de la escala, siempre en el espacio de la misma ala (izquierda o derecha) más el centro (C). En particular: todos los partidos clasificados por los expertos en las categorías extremas de la escala (izquierda «pura», I, y derecha «pura», D), según la clasificación que resulta de las autoidentificaciones de sus votantes, aparecen siempre desplazados hacia el centro. Según las autoidentificaciones de sus votantes, en los quince países estudiados aquí no hay partidos relevantes en ninguno de los dos extremos de la escala, ni a la izquierda ni a la derecha.

Esto es correcto también para los partidos más pequeños, no relevantes, con una solitaria excepción. Para los quince países examinados aquí, el Barómetro de las Américas 2006-2007 incluye, además de los 38 partidos presentados en la Tabla II, 31 partidos adicionales no relevantes con al menos dos votantes en sus respectivas encuestas. Sólo 1 de esos 31 partidos pertenece a alguno de los extremos de la escala (el boliviano MIP, o Movimiento Indígena Pachakuti, el partido de Felipe Quispe), que según las autoidentificaciones de sus votantes (cuyo promedio es 1,96) es un partido de la izquierda «pura» o neta (I).

Este desplazamiento sistemático hacia el centro, pero no más allá de él (sin llegar al ala opuesta de la escala), muestra que a pesar del alto nivel de desacuerdo observado no hay instancias «fuertes» de desacuerdo (cuando uno de los dos criterios sitúa a un partido en un ala de la escala y el otro criterio lo sitúa en el ala opuesta). Los partidos que según los expertos están en una de las dos alas, según las autoidentificaciones de sus votantes están en la misma ala, en el mismo lugar o desplazados hacia el centro. Los cambios en la dirección opuesta son muy raros. En sólo 2 de los 38 partidos la clasificación basada en los votantes es menos centrista que el juicio de los expertos: los partidos liberales de Colombia y Honduras. Los expertos los ven como partidos de centro (C), pero según las autoidentificaciones de sus votantes ambos son partidos de centro-derecha (CD).

Los datos muestran varios resultados inesperados. El PT brasileño, el partido de Lula, en ese momento era visto por los expertos como un partido de izquierda neta, I (ahora tal vez no lo sería), pero el promedio de las autoidentificaciones de sus votantes era 5,89, correspondiente a un partido de centro, C. Esa ubicación lo situaba algo a la derecha del PSDB, el partido de Fernando Henrique Cardoso (cuyo promedio era 5,50), que era visto por los expertos como un partido de centro-derecha, CD.

Colombia también muestra algunos contrastes inesperados. El Partido Liberal Colombiano (PLC) es un partido de centro (C) según los expertos, pero según las autoidentificaciones de sus votantes (promedio: 6,85) es un partido de centro-derecha (CD), ligeramente a la derecha de Primero Colombia (promedio: 6,7), el partido de Uribe, que según los expertos era un partido del extremo derecho de la escala (D). Ya se había observado una situación similar en Costa Rica: los expertos sostienen que Liberación Nacional es un partido de centro-izquierda (CI), pero el promedio de las autoidentificaciones de sus votantes (6,33), en el centro de la escala, lo sitúa a la derecha de todos los demás partidos (incluyendo los partidos pequeños no relevantes, que no aparecen en la Tabla II). Lo mismo ocurre en Guatemala, cuyo Frente Republicano Guatemalteco

(FRG) es visto por los expertos como el más derechista (D) de los partidos guatemaltecos, pero según las autoidentificaciones de sus votantes (5,19) es el más centrista (C) de todos ellos.

V. UNA INTERPRETACIÓN DE LAS DIFERENCIAS ENTRE LAS DOS PERSPECTIVAS

El grado de desacuerdo entre las dos formas de situar a los partidos en la dimensión izquierda-derecha puede ser cuantificado fácilmente. Puesto que los partidos son clasificados en una escala ordenada de cinco valores (I, CI, C, CD, D), para un partido en particular el máximo desacuerdo posible entre los dos enfoques es cuatro «escalones» (cuando cada criterio sitúa al partido en extremos opuestos de la escala), y el mínimo es cero (cuando las dos clasificaciones coinciden). Para cada país, sumando el número de «escalones» de desacuerdo para todos sus partidos relevantes, y dividiendo luego por el número de partidos, se llega a un índice directamente comparable con los demás. En principio, ese índice varía entre cero (acuerdo total) y cuatro (el mayor desacuerdo posible). En este caso el valor máximo teóricamente accesible sería dos, porque como ya se observó los desacuerdos ocurren siempre dentro de una misma ala de la escala, incluyendo el centro. Usando los datos de la Tabla II para medir de esta forma los niveles de desacuerdo de cada país, se encuentra que el índice de desacuerdo varía efectivamente entre 0 y 1,5. Los países pueden agruparse en tres conjuntos:

- (a) cuatro países de desacuerdo bajo, entre 0 y 0,5 (Venezuela, 0; Chile y Uruguay, 0,33; y Honduras, 0,5);
- (b) siete países de niveles intermedios de desacuerdo, entre 0,6 y 1 (México, 0,67; Ecuador, 0,8; y Bolivia, Costa Rica, El Salvador, Panamá y Perú, 1), y
- (c) cuatro países con niveles relativamente altos de desacuerdo, entre 1,1 y 1,5 (Colombia y Guatemala, 1,33; y Brasil y Nicaragua, 1,5).

Las eventuales pautas asociadas a la presencia o ausencia de desacuerdos deberían ser más fáciles de advertir en las situaciones relativamente extremas, las de niveles más bajos y más altos de desacuerdo. Como se puede apreciar, todos los países del primer grupo, los de desacuerdo más bajo, tienen (para los estándares de la región) historias relativamente extensas de política partidaria competitiva (pero no siempre democrática). Esto significa un elenco estable de partidos compitiendo entre sí a lo largo de muchos años, no menos de una generación, aunque esa competencia no siempre fuese limpia y realmente abierta. Hasta el presente las historias de los países del primer grupo han evolucionado de maneras distintas: un sistema de partidos antiguo y esencialmente incambiado en Honduras (hasta 2006-2007; en el momento de la revisión final de este texto, a fines de 2012, eso podría estar empezando a cambiar), sistemas de partidos institucionalizados pero en evolución (Chile y Uruguay), y un sistema nuevo y aún no estabilizado (Venezuela). Lo que importa, entonces, es la presencia de esas prolongadas historias competitivas, no sus resultados actuales.

Esas historias parecen ser una condición necesaria para evitar niveles relativamente altos de desacuerdo entre los dos enfoques, pero no son suficientes, puesto que Colombia está en el grupo de desacuerdo alto y también tiene una extensa historia de competencia partidaria¹³. Salvo Colombia, los demás países con niveles altos de desacuerdo entre los dos enfoques (Guatemala, Brasil y Nicaragua) no tienen «extensas historias de competencia partidaria». Los países del grupo intermedio, como tal vez cabía esperar, tienen historias heterogéneas. En resumen, en los datos se aprecia una pauta relativamente clara. Las dos maneras de clasificar a los partidos en la dimensión izquierda-derecha conducen a resultados similares sólo cuando los países tienen historias extensas de competencia partidaria, y eso, además, no es una condición suficiente, como lo muestra el caso colombiano. ¿Cómo se podría explicar esa pauta?

Las clasificaciones de los expertos están basadas en las actitudes y acciones de los partidos y sus líderes: están centradas en las élites políticas. Éste es el caso de los criterios de Coppedge (1997). Las clasificaciones expertas que no parten de alguna definición formal de izquierda y derecha (por eso la Figura 1 las llama «implícitas») también están insertas en el marco de la tradición histórico-analítica (y en última instancia se refieren a alguna formulación del tipo de la de Coppedge (1997), aunque no sean tan detalladas ni precisas). Finalmente, las clasificaciones de las élites políticas no necesariamente «expertas» están naturalmente ancladas en el marco intelectual de sus tiempos y lugares, y por esa vía abrevan, en última instancia, en las perspectivas de los expertos y en alguna clase de definición explícita.

Las definiciones de los votantes, en cambio, son implícitas: resultan de sus auto-identificaciones en la escala izquierda derecha y de su comportamiento electoral. Para que los votantes puedan indicar sus posiciones personales en la escala deben saber algo sobre ella; aquí debe existir un proceso de aprendizaje, no necesariamente sofisticado. Para la gran mayoría del electorado ese aprendizaje no es formal; surge de las experiencias de su vida diaria. Para que un aprendizaje de estas características pueda efectivamente ocurrir parece razonable suponer que se deberían dar las siguientes condiciones:

13. Los datos colombianos sugieren que los desacuerdos entre expertos y votantes podrían ser más frecuentes cuando los sistemas de partidos, al margen de sus historias, están cambiando drásticamente en direcciones todavía inciertas. Los expertos probablemente veían al partido de Uribe (Primero Colombia) como un partido de derecha neta (D) por varias razones, incluyendo su énfasis en la ley y el orden, sus presuntos lazos con los paramilitares, y aun por algunos aspectos de la vida personal de Uribe. Pero es posible que muchos votantes hayan elegido dos veces a Uribe no por su «derechismo», sino porque pensaban que era la única alternativa realista que quedaba para tratar de pacificar el país. Para estos votantes los liberales colombianos se habían vuelto un partido del orden (político) establecido, orden que por demasiados años no había logrado pacificar a Colombia. El ala izquierda no radical, por su parte, se transformó en la segunda alternativa más votada, apoyada también por muchos votantes moderados. Los acontecimientos contemporáneos (fines de 2012) muestran una situación fluida: las diferencias entre Uribe y Santos pueden «empujar» al primero hacia la derecha. También es posible que en Costa Rica haya ocurrido (y siga desarrollándose) una historia en algunos aspectos similar. Para una parte del electorado Óscar Arias era visto como el defensor de un orden político establecido crecientemente insatisfactorio; los que mejor expresaron el desafío a ese orden se transformaron en la segunda fuerza electoral del país. En ese contexto el viejo PUSC casi desapareció.

- (c1) historias extensas, de larga duración, de política partidaria competitiva. El aprendizaje debe familiarizar a las mayorías con las palabras en sí mismas (izquierda, derecha y términos asociados), y con las ideas, las actitudes y los actores que las encarnan. Eso no se puede hacer en pocos años, ni siquiera en una generación;
- (c2) esas historias extensas también deben ser abarcadoras, deben llegar a las mayorías. Los electorados de los partidos que compiten duraderamente entre sí deben incluir a una proporción importante de la población. No pueden involucrar sólo a sectores relativamente pequeños, porque en ese caso las historias quedarían «encapsuladas» en confines estrechos. En la práctica esto significa que los protagonistas de esas historias competitivas incluyen necesariamente partidos electoralmente fuertes («relevantes»). Por último, como en todos los aprendizajes,
- (c3) es necesario que alguien difunda, «enseñe» el contenido específico de esos aprendizajes. Para esto es necesario que al menos alguno de esos partidos fuertes que compiten entre sí use sistemáticamente los rótulos izquierda y derecha (y demás términos asociados) para definirse a sí mismos y a sus adversarios. Cuando eso ocurre durante un período apropiadamente extenso, los partidos llegarán a ser los portadores naturales de las ideas, actitudes y actores característicos de izquierdas y derechas: las encarnan, las personifican.

De estos supuestos se deducen algunas implicaciones verificables. Muchos de los países de la región no tienen historias extensas de competencia partidaria, y por lo tanto tampoco tienen los necesarios aprendizajes colectivos (cuanto más breves o limitadas sean esas historias, menos difusión y calado tendrá el aprendizaje). En consecuencia: en los países en los que estas tres condiciones (competencia de larga duración, abarcadora, incluyendo partidos que se definen a sí mismos y a sus adversarios como izquierdas y derechas) no están simultáneamente presentes,

- (i) mayor será la proporción de votantes que no contestan la pregunta de autoidentificación ideológica, porque no saben cómo responderla, y
- (ii) mayor será la proporción de votantes de los partidos que se sitúan en el centro del espectro, porque ésta es la respuesta que con información limitada y confusa supone menos «compromiso» con esas alternativas (en este caso el centro se define más bien por la negativa: «ni/ni»). De esta manera los encuestados responden algo a los encuestadores, pero lo hacen esquivando opciones que desde su propio punto de vista son poco claras. Finalmente, y éste es el punto central aquí,
- (iii) mayores serán los desacuerdos entre las clasificaciones explícitas de los partidos formuladas por expertos y las implícitas que resultan de las autoidentificaciones de sus votantes.

Para un testeo preliminar de estas hipótesis es necesario establecer cuáles son los países donde las tres condiciones anteriores (c1) a (c3) no están simultáneamente

presentes. Se puede aceptar, al menos provisionalmente, que el grado de institucionalización de los sistemas de partidos es un primer indicador aproximado e imperfecto de la existencia de historias de competencia partidaria «extensas y abarcadoras», las condiciones (c1) y (c2). En consecuencia, cuanto menor sea la institucionalización de los sistemas de partidos, más débiles serán los aprendizajes colectivos. La tercera condición, (c3) se vuelve relevante si hay historia competitiva «extensa y abarcadora». Si la hay, ¿alguno de los partidos relevantes involucrados en esa historia competitiva pone énfasis en la dimensión izquierda-derecha para verse a sí mismo y a sus adversarios? Cuando no hay partidos de ese tipo, entonces no se satisface la condición (c3). Si lo hay, típicamente será un partido del ala izquierda y relativamente nuevo. Porque los partidos más viejos de América Latina (como en Honduras, Colombia, Uruguay) son todos anteriores a la difusión del uso de estos términos, y en los regímenes oligárquicos no había partidos relevantes de izquierda herederos de la tradición europea. En lo que sigue se consideran las estimaciones de institucionalización de los sistemas de partidos latinoamericanos de Payne *et al.* (2003: 154)¹⁴ como indicador preliminar de (c1) y (c2).

Comenzando por la hipótesis (i). Quitando de la lista de Payne *et al.* (2003) los dos sistemas de partidos no incluidos en esta discusión por falta de datos (Argentina y Paraguay), los siete países de la mitad menos institucionalizada son Colombia, Bolivia, Venezuela, Brasil, Ecuador, Guatemala y Perú, en ese orden. Cuatro de estos siete países (Colombia, Bolivia, Guatemala y Ecuador) están efectivamente, como se esperaba, en la mitad de la lista de países con mayores niveles de «no sabe» en la pregunta de autoidentificación en la escala (Tabla 1). Los tres países restantes «menos institucionalizados» (Venezuela, Brasil y Perú) tienen sistemas de partidos en proceso de cambio. Entre ellos, Brasil está justo en la mitad de la lista según niveles de respuesta a la pregunta de autoidentificación (Tabla 1). De las dos excepciones restantes, la peruana (baja institucionalización pero alta respuesta a la pregunta de autoidentificación ideológica) probablemente es una consecuencia de la historia de su antiguo sistema de partidos (no del actual) y del aprismo en particular. La última excepción del mismo tipo que la peruana, la venezolana (baja institucionalización, pero respuesta alta a la pregunta de autoidentificación, debería ser consecuencia del ascenso y afirmación del chavismo y de su «socialismo del siglo XXI» procubano.

Examinando la situación opuesta, la de los siete países con sistemas de partidos relativamente más institucionalizados, cuatro de ellos (Uruguay, Honduras, Chile y México) están, como se anticipaba, en la mitad de países con menores niveles de no respuesta a la pregunta de autoidentificación ideológica. De los tres casos aparentemente desviados (El Salvador, Nicaragua y Costa Rica), dos (El Salvador y Nicaragua) son casos estrictamente «fronterizos». El Salvador está en la mitad de países con respuestas más bajas a la pregunta de autoidentificación, pero en esa mitad es el que encabeza la lista (el de respuestas más altas), y en la de institucionalizaciones más altas según Payne *et al.* (2003),

14. Apoyada en la clásica de S MAINWARING y T. SCULLY (1996). La clasificación de S. Mainwaring y T. Scully es casi una década anterior a la de M. PAYNE *et al.* (2003), y además clasifica sólo 12 sistemas de partidos. La de M. PAYNE *et al.* (2003) incluye 17 sistemas de partidos.

es el menos institucionalizado. Nicaragua empató con Colombia en el segundo lugar de la mitad más baja de tasas de respuesta en la pregunta de autoidentificación, y está justo en la mitad de la lista ordenada según niveles de institucionalización.

Por lo tanto, aquí la única excepción aparentemente genuina sería Costa Rica, con bajo nivel de respuesta a la pregunta de autoidentificación y alta institucionalización. Pero según las condiciones anteriores Costa Rica no es realmente una excepción, porque allí no hay partidos de izquierda relevantes y con historia: falla la condición (c3) indicada más arriba. El Frente Amplio costarricense, que a comienzos de la segunda década del siglo es visto por algunos observadores como el más importante de los partidos de izquierda, se fundó recientemente (en 2004), y a la fecha (fines de 2012) tiene sólo 1 diputado en 57. Es un partido de muy reciente fundación y no es relevante (no se acerca al 10% del electorado); no satisface (c3). El Partido Acción Ciudadana (PAC), visto por los observadores como de centro-izquierda, ha llegado a ser el segundo partido del país; es, sin duda alguna, un partido relevante. Pero fue fundado en el año 2000, apenas seis años antes de las elecciones presidenciales examinadas aquí, las de 2006; tampoco satisface (c3)¹⁵. En resumen: al menos a título preliminar se puede concluir que los datos tienden a respaldar la hipótesis (i).

La segunda hipótesis, (ii), sostiene que en los países sin presencia simultánea de las (c1) a (c3) la proporción de votantes de los partidos relevantes que se autoidentifica en el centro del espectro será mayor que en los demás países. La Tabla II muestra que los países donde los votantes de los partidos clasificados en el centro (según las autoidentificaciones de sus votantes) representan más de la mitad del electorado son siete (justamente, una mitad de la lista): Brasil (89%), Costa Rica (81%), Guatemala (79%), México (78%), Panamá (64%), Nicaragua (56%) y Ecuador (52%), a los que se puede sumar Perú (48%), que está exactamente en el medio de la lista.

Por otra parte, como ya se observó, según Payne *et al.* (2003) los siete países de la mitad menos institucionalizada son, en ese orden, Colombia, Bolivia, Venezuela, Brasil, Ecuador, Guatemala y Perú, a los que se puede sumar Nicaragua, el punto medio de la lista. Cinco países aparecen en las dos listas, según lo esperado: Brasil, Guatemala, Nicaragua, Ecuador y Perú. Costa Rica está correctamente situada entre los «más centristas», a pesar de ser uno de los más institucionalizados, puesto que no satisface (c3). Venezuela y Bolivia están en la mitad menos institucionalizada pero también (al contrario de lo esperado) con menos respuestas «centristas». En el caso de Venezuela la situación, como ya se mencionó, sería consecuencia del desarrollo y consolidación del chavismo, y en Bolivia, análogamente, del movimiento encabezado por Evo Morales. La excepción restante es Colombia, con un sistema de partidos hoy relativamente poco institucionalizado, pero una tasa de respuestas «centristas» también baja. Es posible que esta combinación se deba a la polarización provocada por las décadas de insurgencia de las FARC, el ELN y los paramilitares. También aquí, entonces, se puede concluir que los datos tienden a respaldar la hipótesis (ii).

15. Por otra parte, al menos en términos regionales un partido vinculado a los demócratas de EE. UU., como el PAC, difícilmente sería visto como un partido «del ala izquierda».

Esta hipótesis, la (ii), se vincula con otra implicación también directamente verificable. Los ciudadanos que votan en blanco (o anulan sus votos) no deberían verse a sí mismos, en promedio, en alguna de las dos alas (izquierda o derecha), porque si lo hicieran ya habrían tenido su aprendizaje y estarían en condiciones de elegir (o de transar, desde su punto de vista, con la menos mala de las alternativas disponibles). Por lo tanto, si se colocan en algún lugar de la escala, deberían inclinarse mayoritariamente hacia el terreno más neutral, el centro, «la mitad de la cancha». Efectivamente: en los cinco países donde los que votaron en blanco (o anulaban sus votos) fueron codificados separadamente en la pregunta de voto, su autoidentificación, en promedio, siempre está en el centro de la escala: Bolivia (5,53), Brasil (5,00), Ecuador (5,88), México (5,59) y Uruguay (5,42). Todos estos promedios están apretadamente contenidos en una pequeña sección de la escala, desde 5,00 (Brasil) hasta 5,88 (Ecuador).

Pasando ahora a la hipótesis (iii): cuando no se observan simultáneamente las tres condiciones (c1) a (c3), los desacuerdos entre las dos clasificaciones serán mayores. Esta hipótesis es también una consecuencia directa de las (i) y (ii). Porque las clasificaciones de los expertos, por un lado, discriminan finamente; no aprecian las ambigüedades. Los expertos sólo ven a 2 de los 38 partidos de la Tabla II (el 5%) en el centro del espectro (C); clasifican a 6 partidos (16%) en la izquierda (I), a 11 (29%) en el centro-izquierda (CI), a 13 (34%) en el centro-derecha (CD) y a 6 (16%) en la derecha (D). Los expertos clasifican incluso a los partidos de los sistemas fluidos. En todos los países sus clasificaciones son construcciones conceptuales deliberadas y comprensivas, entre otras razones porque, a diferencia de los electorados, los expertos siempre tienen aprendizajes extensos, usualmente incluyendo también aprendizajes formales (por definición: son expertos).

Por otro lado, en los países donde los aprendizajes colectivos de los electorados son limitados o nulos [p. ej., cuando no valen simultáneamente las (c1) a (c3)], las clasificaciones que resultan de las autoidentificaciones ideológicas de los votantes, como se ha visto en la discusión de (i) y (ii), aparecen «corridas hacia el centro» como consecuencia de la falta de aprendizajes colectivos. Ese «corrimiento» refleja la imagen borrosa de la dimensión izquierda-derecha. Por eso los franceses solían decir que el centro es *le marais*, el pantano (lo que no impide que una minoría relativamente pequeña del electorado pueda tener una visión genuinamente centrista, «a medio camino entre»).

Por lo tanto, cuanto menores los aprendizajes colectivos, las diferencias entre las dos clasificaciones serán mayores. En términos generales los datos confirman esta implicación: los electores de la mitad de los partidos considerados aquí (19 partidos en 38, 50%) se ubican a sí mismos, en promedio, en el centro de la escala, pero los expertos ven sólo 2 partidos en ese lugar, el 5% (una relación de 10 a 1). En particular, como ya se había observado, según las autoidentificaciones de sus votantes ninguno de los 38 partidos está en un extremo de la escala, ni a la izquierda ni a la derecha, mientras que para los expertos doce partidos, el 32%, sí lo están, mitad en la izquierda y mitad en la derecha.

Los datos también confirman esa hipótesis cuando se consideran las clasificaciones de los partidos en los distintos países. Los cuatro países con niveles relativamente altos de

desacuerdo entre las dos clasificaciones (de 1,1 a 1,5), eran Colombia y Guatemala, 1,33, y Brasil y Nicaragua, 1,5. Todos ellos figuran en la mitad menos institucionalizada según Payne *et al.* (2003). Desde la perspectiva opuesta, los cuatro países con niveles bajos de desacuerdo entre las dos clasificaciones (de 0 a 0,5) eran Venezuela, 0; Chile y Uruguay, 0,33; y Honduras, 0,5. Uruguay y Chile son los dos países cuyos sistemas están más institucionalizados, y Honduras es el cuarto más institucionalizado¹⁶. El único «caso desviado», Venezuela (baja institucionalización, pero nulo desacuerdo entre las dos clasificaciones), probablemente debe esa circunstancia al impacto relativamente reciente del chavismo. En resumen, en lo que a la hipótesis central (iii) se refiere, los datos la confirman muy claramente.

La literatura reciente es consistente con esta hipótesis. Zechmeister y Corral (2012), trabajando con datos del Barómetro de las Américas 2010, concluyen que ciertas características individuales (educación, interés político, sofisticación política) contribuyen a que los ciudadanos se autoidentifiquen en la dimensión ideológica, pero que el contexto también importa. En particular: la autoidentificación en la escala izquierda-derecha está asociada negativamente a la fragmentación y a la volatilidad de los sistemas de partidos (y positivamente a su polarización). Esto es enteramente consistente con el argumento expuesto aquí, porque la fragmentación y la volatilidad están asociadas negativamente, por definición, a la institucionalización de los sistemas de partidos. Por lo tanto, cuanto mayores sean, menor será la institucionalización, y de acuerdo a (i) más arriba, habrá mayores niveles de no respuesta a la pregunta de autoidentificación (i. e., niveles menores de autoidentificación en la escala).

En un estudio limitado solamente a tres países de la región (Chile, Ecuador y México), Harbers *et al.* (2012) ratifican que las dos clases de factores (individuales y contextuales) afectan las respuestas a la pregunta de autoidentificación en la escala ideológica. En lo que se refiere específicamente a los factores contextuales, a nivel país, allí «donde las élites empaquetan consistentemente las opciones políticas en términos de izquierda y derecha, los votantes serán capaces de apoyarse en esas señales para desarrollar actitudes estables» (Harbers *et al.* 2012: 17). La hipótesis (iii) apunta exactamente en la misma dirección. La hipótesis (iii), además, concentrándose en la dimensión ideológica, reformula con más precisión y amplía a un número mayor de casos el argumento de Luna y Zechmeister (2005: 413) citado al comienzo: los niveles más altos de congruencia entre los líderes partidarios y sus votantes se encuentran en los países «con las historias más robustas de competencia entre partidos, institucionalización y desarrollo socioeconómico»¹⁷.

En conjunto, entonces, toda la discusión anterior sugiere que el argumento central (iii) es correcto: cuando el aprendizaje informal de los electorados sobre la dimensión ideológica es insuficiente (p. ej., las condiciones [c1] a [c3] no son satisfechas), mayor será la diferencia observada entre las clasificaciones expertas de los partidos y las basadas

16. El tercero es Costa Rica, que (como ya se observó) a pesar de su alta institucionalización tiene un nivel alto de desacuerdos porque falla la condición (c3).

17. Excepto en lo que se refiere al desarrollo socioeconómico, que aquí no es tenido en cuenta en las condiciones (c1) a (c3) ni en las hipótesis (i) a (iii).

en las autoidentificaciones de los votantes de esos mismos partidos. Yendo un paso más adelante: ¿este argumento tiene algo que decir sobre las clasificaciones de los partidos en la escala izquierda-derecha basadas en los juicios de distintas élites?

Entre las élites que suelen actuar como jueces no existen los diferenciales de aprendizajes colectivos que sí pueden existir entre élites y electorados. Los expertos, como ya se observó, siempre tienen aprendizajes formales. Las élites políticas no expertas desarrollan sus actividades en el mismo marco cultural que los expertos, y tienen con ellos, colectivamente, una relación de interdependencia mutua: las definiciones de los expertos se apoyan en las ideas, actitudes y comportamientos de las élites políticas, y las ideas y definiciones de los expertos moldean los juicios de esas élites. Por lo tanto,

- (iv) las distintas clasificaciones de partidos basadas en expertos y élites no necesariamente son idénticas, pero los desacuerdos que puedan existir entre ellas serán significativamente menores que los observados entre esas clasificaciones por un lado, y las basadas en las autoidentificaciones ideológicas de los votantes por otro.

Aunque la información examinada en este artículo no permite discutir (iv), Wiesehomeier (2010) compara las clasificaciones de los partidos en el eje izquierda derecha según su grupo de expertos con las clasificaciones de los legisladores reunidas por el PELA (Élites Parlamentarias de América Latina, Universidad de Salamanca), y resume sus conclusiones de esta manera: las dos clasificaciones

realmente parecen medir la misma cosa; los juicios de los expertos explican el 82% de la de la varianza en los datos del PELA. Hay un ajuste lineal casi perfecto entre las dos medidas, y la recta de regresión entre las dos escalas pasa exactamente por el punto medio de las dos escalas (Wiesehomeier 2010: 19).

El contraste entre estos resultados y los descriptos en este artículo es notable. Al menos para las clasificaciones examinadas por Wiesehomeier (2010) y las discutidas en este artículo, los datos corroboran (iv) muy robustamente.

VI. CONCLUSIONES

La discusión precedente muestra que, al menos en América Latina a mediados de la primera década de este siglo, las clasificaciones de los partidos en la escala izquierda-derecha basadas en juicios explícitos de expertos no coinciden con las clasificaciones (implícitas e indirectas) basadas en las autoidentificaciones ideológicas de sus votantes. Considerando varios criterios razonables de comparación, los datos muestran que en la mayoría absoluta de los casos (comparando directamente partidos u «ordenamientos de partidos» en cada país) las clasificaciones no coinciden. Por lo tanto, como ya se observó, las dos maneras de clasificar a los partidos «no pueden ser

vistas como indicadores imperfectos de una misma realidad subyacente; no son en modo alguno intercambiables».

Examinando la evolución de los sistemas de partidos de los países con desacuerdos más pequeños o más grandes emerge una pauta sistemática que sugiere una explicación para las diferencias observadas. Por un lado, para que los electorados usen efectivamente la dimensión izquierda-derecha, aunque sólo sea para autoidentificarse a sí mismos en ella, deben poseer un aprendizaje colectivo informal que les permita hacerlo. Por otro lado, las historias de competencia interpartidaria en los distintos países de la región difieren considerablemente. En algunos de ellos esas historias son extensas (más de una generación), abarcadoras (involucran a una proporción importante de la población, lo que en la práctica significa que incluyen partidos relevantes), y al menos alguno de esos partidos relevantes ha usado y usa sistemáticamente los rótulos izquierda y derecha para designarse a sí mismo y a sus adversarios. Parece natural asumir que en los países cuyas historias partidarias no satisfacen alguno de estos tres requisitos los electorados (o buena parte de ellos) no tendrán el aprendizaje colectivo necesario para usar espontáneamente la dimensión izquierda-derecha, y por lo tanto las discrepancias entre las dos maneras de clasificar a los partidos en la dimensión ideológica serán significativas (y ciertamente mayores que las observadas en los países que sí los satisfacen).

Los datos respaldan ésta y otras implicaciones de la explicación propuesta. Una de ellas afirma que las diferencias observadas no deberían aparecer, al menos no con la misma magnitud, entre las clasificaciones de distintos grupos de élites (porque entre ellos no existen «diferenciales de aprendizaje» como los que sí pueden existir entre élites y votantes). Esta conclusión ha sido efectivamente verificada en un estudio reciente (Wieshomeier 2010).

En términos más generales: el argumento presentado aquí es consistente con la literatura contemporánea sobre la política de la región. Por ahora, sin embargo, este argumento sigue siendo una explicación preliminar de las diferencias observadas en América Latina entre las dos maneras de entender izquierda y derecha. Para avanzar es necesario considerar más de una clasificación experta, y otras encuestas que midan las auto-identificaciones ideológicas de los votantes en la escala ideológica.

La explicación propuesta aquí para las discrepancias observadas entre las dos maneras de entender izquierda y derecha implica que la presencia/ausencia de esos aprendizajes colectivos no establece un corte nítido entre dos estados o situaciones diferentes. Se trata, más bien, de un proceso que conduce lentamente (en términos del ciclo vital de los votantes) desde la «ausencia» hacia la «presencia». Este largo aprendizaje no es «necesario» ni inevitable: aun si existe competencia interpartidaria regular en la que participan partidos relevantes, basta con que no exista un partido relevante «autoproclamado» de izquierda (o de derecha, pero en América Latina los pioneros en este plano son usualmente de izquierda) para que no ocurra ese aprendizaje. Cuando élites y votantes coinciden o tienden a coincidir, ese proceso está ya muy avanzado. Cuando difieren significativamente, el proceso aún no ha comenzado o recién está empezando, y en

esas circunstancias el contenido sustantivo de izquierda y derecha para buena parte del electorado será distinto al de las élites.

Por lo tanto, incluso cuando los desacuerdos registrados entre los juicios de las élites y las imágenes (implícitas) de los votantes son muy frecuentes, eso no significa que unos «estén en lo cierto» y los otros «estén equivocados», y ciertamente no significa que la dimensión ideológica sea un instrumento analítico inútil en la región o en algunos de sus países. Las clasificaciones de los expertos son básicamente correctas en un sentido importante: reflejan la historia y las circunstancias específicas de su tiempo y lugar. Las clasificaciones de los partidos basadas en las autoidentificaciones de sus votantes «miden» el punto al que se ha llegado en un proceso de aprendizaje colectivo necesariamente largo, y en ese sentido también son correctas. Como instrumento analítico ninguna de las dos tradiciones es mejor que la otra; sólo miden cosas diferentes. El mejor camino es tenerlas en cuenta a las dos, porque verlas simultáneamente permite que un corte transversal, la fotografía de un momento particular, aporte una perspectiva más dinámica de la evolución de los sistemas de partidos. La dimensión izquierda-derecha es un instrumento analítico poderoso para analizar las políticas latinoamericanas, aunque en buena parte de la región no se la pueda usar de la misma manera que en las democracias prósperas con sistemas de partidos altamente institucionalizados.

Esta explicación de las discrepancias entre las clasificaciones de los expertos y las derivadas de los juicios de los votantes está anclada geográfica e históricamente, pero su lógica no es específicamente latinoamericana. Por lo tanto, si esta explicación fuera esencialmente correcta, las hipótesis (i) a (iv) también deberían valer en otros lugares y (con ciertas limitaciones) en otros tiempos. En particular: cuando las condiciones (c1) a (c3) no estén presentes simultáneamente, se deberían observar discrepancias significativas entre las dos maneras de clasificar partidos en la dimensión izquierda-derecha, diferencias que resultarían de la acción de los mismos factores.

VII. BIBLIOGRAFÍA

- ALCÁNTARA SÁEZ, Manuel y FREIDENBERG, Flavia (eds.). *Partidos políticos de América Latina*. 3 vols. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2001.
- ALEXANDER, Robert J. (ed.). *Political Parties of the Americas: Canada, Latin America, and the West Indies*. 2 vols. Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1988.
- ALTMAN, David; LUNA, Juan Pablo; PIÑEIRO, Rafael y TORO, Sergio. Partidos y sistemas de partidos en América Latina: Aproximaciones desde la encuesta a expertos 2009. *Revista de Ciencia Política*, 2009, vol. 29 (3): 775-798.
- CAMERON, Maxwell. *Democracy and Authoritarianism in Peru: Political Coalitions and Social Change*. New York: St. Martin's Press, 1994.
- CARREIRO, Yan de Souza. Identificação Ideológica e Voto para Presidente. *Opinião Pública*, 2002, vol. 8 (1): 54-79.
- CASTAÑEDA, Jorge. Latin America's Left Turn. *Foreign Affairs*, mayo-junio, 2007: 28-43.
- CASTAÑEDA, Jorge y NAVIA, Patricio. The Year of the Ballot. *Current History*, febrero, 2007: 51-57.

- COGGINS, John y LEWIS, David S. (eds.). *Political Parties of the Americas and the Caribbean: A Reference Guide*. London: Longman Current Affairs, 1992.
- COLOMER, Josep M. y ESCATEL, Luis E. The left-right dimension in Latin America. *Documento de Trabajo del Departamento de Economía y Empresa* #813. Barcelona: Universidad Pompeu Fabra, 2005.
- CONVERSE, Philip E. The Nature of Belief Systems in Mass Publics. En APTER, David (ed.). *Ideology and Discontent*. New York: Free Press, 1964.
- CONVERSE, Philip E. y PIERCE, Roy. *Political Representation in France*. Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press, 1986.
- COPPEDGE, Michael. A Classification of Latin American Political Parties. *Working Paper*, 1997, n.º 244. The Helen Kellogg Institute for International Studies, University of Notre Dame.
- COPPEDGE, Michael. The dynamic diversity of Latin American party systems. *Party Politics*, 1998, vol. 4 (4): 547-568.
<http://dx.doi.org/10.1177/1354068898004004007>
- DOGAN, Mattei. La ciencia política y las otras ciencias sociales. En GOODIN, Robert y KLINGEMANN, Hans-Dieter (eds.). *Nuevo Manual de Ciencia Política*, vol. 1. Madrid: Ediciones Istmo, 2001: 158.
- DOŠEK, Tomáš. Do Left and Right Differentiate Citizens and Politicians in Latin America? *Boletín PNUD e Instituto de Iberoamérica*, 2011, n.º 3.
- DOWNS, Anthony. *An Economic Theory of Democracy*. New York: Harper and Row, 1957.
- ECHEGARAY, Fabián. *Economic Crises and Electoral Responses in Latin America*. Lanham, Maryland: University Press of America, 2005.
- FUKUYAMA, Francis. *The End of History and the Last Man*. New York: Free Press, 1992.
- GONZÁLEZ, Luis E. *Political Structures and Democracy in Uruguay*. Notre Dame, Indiana: The Helen Kellogg Institute for International Studies - University of Notre Dame Press, 1991.
- GONZÁLEZ, Luis E. Political crises and democratization in Latin America since the end of the Cold War. *Working Paper*, 2008, n.º 353. The Helen Kellogg Institute for International Studies - University of Notre Dame.
- HARBERS, Imke; DE VRIES, Catherine E. y STEENBERGEN, Marco R. Attitude Variability Among Latin American Publics: How Party System Structuration Affects Left/Right Ideology. *Comparative Political Studies*, 2012, vol. 46 (8): 947-967.
- HUBER, John e INGLEHART, Ronald. Expert Interpretations of Party Space and Party Locations in 42 Societies. *Party Politics*, 1995, vol. 1 (1): 73-111.
<http://dx.doi.org/10.1177/1354068895001001004>
- KNIGHT, Kathleen. Transformations of the Concept of Ideology in the Twentieth Century. *American Political Science Review*, 2006, vol. 100 (4): 619-626.
<http://dx.doi.org/10.1017/S0003055406062502>
- LUNA, Juan Pablo y ZECHMEISTER, Elizabeth J. Political representation in Latin America. A study of elite-mass congruence in nine countries. *Comparative Political Studies*, 2005, vol. 38 (4): 388-416.
<http://dx.doi.org/10.1177/0010414004273205>
- MAINWARING, Scott y TORCAL, Mariano. Party system institutionalization and party system theory after the third wave of democratization. En KATZ, Richard S. y CROTTY, William (eds.). *Handbook of Party Politics*. London: Sage, 2006: 218.
- PAYNE, J. Mark; ZOVATTO, Daniel y MATEOS DÍAZ, Mercedes. *La política importa*. Washington, DC: Banco Interamericano de Desarrollo – IDEA, 2003.

- QUEIROLO, María del Rosario. *The Success of the Left in Latin America: Untainted Parties, Market Reforms and Voting Behavior*. Notre Dame: University of Notre Dame Press, 2013.
- SANI, Giacomo y SARTORI, Giovanni. Polarization, Fragmentation and Competition in Western Democracies. En DAALDER, Hans y MAIR, Peter (eds.). *Western European Party Systems: Continuity and Change*. London: Sage, 1983: 307-340.
- SARTORI, Giovanni. *Parties and Party Systems: A Framework for Analysis*. New York: Cambridge University Press, 1976.
- SELIGSON, Mitchell. The Rise of Populism and the Left in Latin America. *Journal of Democracy*, 2007, vol. 18 (3): 81-95.
<http://dx.doi.org/10.1353/jod.2007.0057>
- SINGER, André. *Izquierda y Derecha en el Electorado Brasileño*. Buenos Aires: CLACSO, 2002.
- TORCAL, Mariano y MAINWARING, Scott. The Political Recrafting of Social Bases of Party Competition: Chile, 1973-95. *British Journal of Political Science*, 2003, vol. 33 (1): 55-84.
<http://dx.doi.org/10.1017/S0007123403000036>
- WIESEHOMMEIER, Nina. The meaning of left-right in Latin America: A comparative view. *Working Paper*, 2010, n.º 370 (julio). The Helen Kellogg Institute for International Studies - University of Notre Dame.
- ZECHMEISTER, Elizabeth J. Qué es la izquierda y quién está a la derecha en la política mexicana. Un enfoque con el método Q al estudio de las etiquetas ideológicas. *Política y Gobierno*, 2006, vol. 8 (1): 51-98.
- ZECHMEISTER, Elizabeth J. y CORRAL, Margarita. Individual and Contextual Constraints on Ideological Labels in Latin America. *Comparative Political Studies*, 2012, vol. 46 (6): 675-701.